

Selección RNR

RUTH DUVAL

Kathleen



Romance Histórico

KATHLEEN

Ruth Duval

1.ª edición: enero, 2017

© 2017 by Ruth Duval

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-621-7

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Capítulo I

Un día excelente para una fiesta en Lowerhill.

Así lo había asegurado la señora Smith al ver el radiante día primaveral esa mañana, y lo cierto era que a medida que el cargado carruaje se acercaba a la gran mansión, Kathleen, la joven hija del conde de Hollister, no podía estar más de acuerdo.

El equipaje y todos los detalles para el traslado de las tres damas y el caballero que ocupaban los asientos dentro del carruaje se habían preparado ya con días de antelación. La invitación era para un acontecimiento que duraría todo el día. Por la mañana estaba prevista una breve recepción, amenizada por una pequeña orquesta. A continuación, se serviría un suculento refrigerio y, tras el obligado retiro de las damas para descansar, se celebraría una cena de gala seguida por un fantástico baile que duraría hasta bien entrada la madrugada.

No era muy común que allí, en mitad de ninguna parte de la campiña inglesa, se organizara semejante festejo. Su padre, junto con otros importantes miembros del gobierno, había sido invitado a este acontecimiento organizado por sir Richard Lowerhill para celebrar su retiro tras una vida de servicio en el ejército de Su Majestad. A sus sesenta años había decidido retirarse a su casa en el campo, si bien llamar casa al lugar escogido por sir Lowerhill para su retiro era más bien un eufemismo. El edificio principal de tres plantas, las caballerizas para al menos cuarenta caballos, en una finca de cincuenta hectáreas y con más de sesenta em-

pleados en el servicio, convertían el lugar en una magnífica propiedad.

Aquella finca contaba además con algo que la hacía sobresalir sobre el resto: sus magníficos jardines eran famosos por su belleza y espectacularidad, en especial un intrincado laberinto vegetal formado por setos de más de tres metros de altura, cuidadosamente podados.

Kathleen ardía en deseos por investigar aquel laberinto. Encontraba especial satisfacción en resolver todo acertijo que se le presentaba, y un laberinto de tamaño natural era un desafío que no podía dejar escapar. Pero primero tendría que librarse de la señora Smith, cosa que no iba a resultar demasiado difícil, y de su prima Allison. Ninguna de las dos entendería que prefiriera perderse en los jardines a disfrutar de la compañía de los anfitriones y del resto de los invitados.

Pensando en cómo podría escabullirse de sus dos acompañantes, Kathleen observó a la señora Smith y a su prima, ambas sentadas en frente de ella.

La señora Smith era una dama de cierta edad, hacía ya algunos años que su pelo se había vuelto casi blanco, aunque todavía gozaba de vitalidad. Procedía de una buena familia venida a menos y trabajaba para la familia Hollister desde que Kathleen era apenas un bebé. De hecho, la recordaba desde siempre a su lado. La señora Smith se había encargado de cuidarla desde el fallecimiento de su madre. Era buena, paciente y muy cariñosa con ella.

Kathleen entonces dirigió su atención hacia su prima. Ambas jóvenes no podían ser más distintas.

Allison tenía el pelo rubio, la tez blanca y los ojos de un azul claro. Lucía una bonita figura y era de mediana estatura. Iba peinada con un elaborado recogido y algunos rizos,

colocados con esmero, caían de él encuadrando su perfecta cara. El hermoso vestido en tonos rosas y blancos que llevaba, junto con el abanico de nácar primorosamente decorado a juego, hacía que, a primera vista, su prima pareciese un ángel recién bajado del cielo.

Pero tras esa brillante fachada, anidaba un ser ruin y mezquino. No era buena persona.

Como cada año desde que eran niñas, su prima Allison había ido a pasar unos días al campo, en la mansión Hollister y, desde que había puesto el pie en la puerta hasta ese mismo momento, en que no paraba de parlotear, no había dejado de criticar y de quejarse por todo.

Contaba chismes y habladurías sobre sus conocidos en Londres y sobre sus amigas, se quejaba de lo mala que era la comida, de lo feas que eran sus habitaciones, de lo poco que le gustaba el campo, de lo incómodo del viaje. En fin, no había nada que fuera de su gusto. Y por si esto fuese poco, era una malcriada y siempre quería llevar la razón en todo. Por su belleza, no le faltaban admiradores y aprovechaba su popularidad para salirse siempre con la suya.

Pero también era inteligente, muy inteligente, y sabía decir siempre lo correcto en el momento justo. Así que la parte retorcida de la personalidad de su prima quedaba oculta a sus mayores. Para todos los demás, era la encarnación de la perfecta señorita. Lo que una dama tiene que ser y cómo debe comportarse. El perfecto ejemplo, como bien solía repetírsele a Kathleen la señora Smith. Si ella supiese cómo era su prima en realidad, pensó Kathleen, no la pondría de ejemplo de nada. Pero ya había aprendido. Le había costado años, pero sabía que no se podía pillar a Allison en ninguna mentira; era demasiado hábil y era imposible desenmascararla. Todos y cada uno de sus intentos por

lograrlo y abrirle los ojos a su padre o a sus tíos o a la señora Smith habían terminado de la misma manera. Era Kathleen la que quedaba como una mentirosa y una envidiosa, castigada y pagando los platos rotos.

En cuestión de carácter, Kathleen era lo opuesto a Allison. Y aún cuando era tan hermosa o más que su prima, físicamente también eran muy distintas. Su piel estaba ligeramente tostada por el sol, ya que pasaba muchas horas del día al aire libre, cabalgando o paseando con sus perros. Prefería la vida tranquila del campo al bullicio de la ciudad. Su larga melena color azabache, que se había recogido en un gracioso moño para la ocasión, sus ojos, de un profundo verde esmeralda, y su carácter afable, hacían de ella una jovencita encantadora. Procuraba no hablar mal de nadie y buscar el lado bueno de las cosas siempre que podía. Como, por ejemplo, en ese momento.

Su padre no le habría permitido ir a la fiesta con él, a menos que su prima hubiese accedido a acompañarla mientras él resolvía ciertos asuntos con el anfitrión. Así que, mientras observaba cómo su prima seguía criticando la magnífica mansión a la que se iban acercando, decidió que era un mal necesario y que tendría que soportarla durante algunos días más.

Apoyado en la balaustrada de la terraza con aire aburrido, John Shirewood observaba la llegada de los invitados. Hacía un par de horas que había llegado a la mansión Lowerhill, ya que había sido convocado junto con otros capitanes de barco a un encuentro con representantes del gobierno. Sin embargo, todavía no habían llegado todos los

interesados, así que no le quedaba más remedio que esperar pacientemente a que diera comienzo la reunión.

Los capitanes invitados al encuentro habían sido cortésmente denominados *marinos mercantes*. Sin embargo, el objeto de negocio de estos capitanes de barco era bien conocido por la armada inglesa y, comúnmente, sufrido por los buques españoles y portugueses a su regreso de las Américas con las bodegas repletas de oro y plata. Atacaban a cuanta nave tenía la desgracia de cruzarse en su camino, para quedarse con lo que el desafortunado navío portase.

La fortuna o el azar habían hecho que John Shirewood nunca hubiese atacado ningún barco inglés, o al menos que no existiesen pruebas de tal hecho, por lo que en vista de una próxima guerra con España, el gobierno de Inglaterra tenía a bien proponerle un alianza de mutua conveniencia.

Para establecer los detalles de dicho pacto se iba a celebrar en secreto una reunión en la que el gobierno pretendía asegurarse la lealtad de los principales capitanes que actuaban en el Caribe. A cambio, estos capitanes y los hombres que comandaban recibirían inmunidad y el perdón de cualquier delito que hubiesen cometido. Claro está, había ciertas pautas que debían comprometerse a cumplir, como, por ejemplo, que todas sus acciones fuesen dirigidas a atacar barcos de países no amigos y que siguieran las directrices marcadas por el propio gobierno de Inglaterra.

Para John Shirewood la decisión estaba clara: seguiría haciendo lo mismo que hasta ahora, pero después de conseguir la inmunidad para los hombres que servían bajo su mando. Eso le daría la posibilidad de regresar a sus hogares como hombres libres en lugar de como piratas.

Lo cierto era que él nunca había barajado la idea de regresar. Embarcó como polizón cuando apenas tenía ocho años en el puerto de Bristol y desde entonces no había dejado de navegar. Habían pasado ya veinte años. Mucho trabajo y esfuerzo habían dado su fruto: con veintitrés años había conseguido ser capitán de su propio barco y hacía dos años que se había hecho con otro navío más.

Mientras el momento de dar comienzo a la reunión llegaba, John Shirewood veía llegar a los diferentes invitados y cómo descendían de sus carruajes.

Eran coches primorosamente decorados, tirados por preciosos corceles ricamente engalanados para la ocasión. A juego de sus ocupantes, pensó John, caballeros encopetados y damas encorsetadas, ademanes afectados y reverencias: la aristocracia. Los despreciaba. ¿Cómo se las arreglarían sin servicio? Se morirían de hambre. ¡Si ni tan siquiera podían vestirse sin ayuda de su criado! Seres inútiles y falsos. No confiaba en la palabra de ninguno de ellos.

Sin embargo, no aceptar la alianza propuesta por el gobierno resultaría en ponerlos, definitivamente, a él y a sus hombres en la mira de la marina inglesa. Y si bien era una idea que tampoco le desagradaba demasiado, la sensatez exigía prudencia. Bastante era ya ser perseguido por la armada española y por la portuguesa.

Algunos de los caballeros inclinaban la cabeza a modo de saludo al encontrarse con su mirada, y todas las mujeres sonreían de forma coqueta al sentirse observadas por él. Era un hombre bien parecido, alto, atlético y podía ser encantador cuando quería. Ninguna de aquellas damas permanecía inmune a su presencia. Por supuesto, Shirewood tenía el porte y las maneras de un auténtico caballero, un igual a ellos. Su ropa, perfecta para la ocasión, le hacía pa-

sar por uno de los de su clase. Nada más lejos de la verdad.

Si supiesen quién era él en realidad, las damas no le dedicarían sonrisas gentiles y ademanes corteses llenos de coquetería. No. Le llamarían ladrón, asesino, embustero y harían que lo echasen de allí.

Lo primero era exacto, John lo admitía. Era un ladrón, y uno muy bueno, por cierto. Lo segundo era falso, jamás había matado a nadie que no se lo mereciera o que no hubiese tenido la oportunidad de defenderse. Y en cuanto a lo tercero, puede que en ocasiones se hiciese pasar por quién no era, pero jamás, en toda su vida, había roto su palabra. Respecto a lo último, echarlo de allí, dudaba que alguno de aquellos petimetres fuese capaz de hacerle siquiera frente, aunque unos cuantos de ellos a la vez... Sonrió ante la idea. Al menos tendría algo de diversión. La espera se le estaba haciendo eterna.

Hacía ya un buen rato que tanto el conde de Hollister, como su hija y su sobrina, habían llegado a la fiesta y habían sido presentados al anfitrión, sir Richard, y a los principales invitados.

El padre de Kathleen, al poco de llegar, había desaparecido discretamente por una de las puertas laterales del gran salón donde se desarrollaba el evento. La señora Smith, institutriz de lady Hollister desde hacía años y encargada de escoltarla a cualquier evento social, como indicaba la costumbre para las jóvenes damas, charlaba animadamente con lady Meelonth, prima segunda por parte de madre del anfitrión, y Allison estaba rodeada de un sin número de muchachos que trataban de llamar su atención. Así que Kath-

leen aprovechó sin dudarle la oportunidad que se le brindaba y salió por una de las puertas de cristal que daban a los jardines.

«¡Esto sí que es bonito!», pensó mientras caminaba por el sendero de grava que los bordeaba. Algunos pájaros revoloteaban en torno a los arbustos en flor en un alegre revuelo. Se veía una hermosa fuente al fondo del jardín con numerosos chorros de agua burbujeante y, adonde quiera que uno mirase, había cientos de flores, a cada cual más bella. Los rallos del sol templaban el rostro y el cuerpo de la joven. Kathleen no pudo evitar levantar su cara hacia el cielo con los ojos cerrados y se dejó envolver por el momento, disfrutar de todo aquello con una sonrisa de satisfacción. El camino se convertía en un paseo con altos cipreses a ambos lados, que desembocaba en una estructura verde de al menos cuatro metros de altura. Era la entrada al laberinto.

«Es más alto de lo que me habían contado y esto está demasiado solitario y apartado...». A lo lejos continuaba escuchándose el cuarteto de cuerda que tocaba en la terraza. «Pero bueno, ya que he llegado hasta aquí, no voy a acobardarme ahora», pensó Kathleen y con paso decidido entró en el laberinto.

«Lo primero que debo hacer es orientarme y fijarme bien en los detalles, para no perderme, así podré encontrar el camino al centro del laberinto y luego la salida». Continuó caminando, giró a la derecha, otra vez a la derecha, después a la izquierda, de frente... Al cabo de treinta minutos, había llegado al centro.

«No ha sido tan difícil», pensó. «Solo he tenido que volver atrás sobre mis pasos en un par de ocasiones». Estaba muy satisfecha de sí misma.

En el centro del laberinto había una fuente y en ella una ninfa con los brazos extendidos hacia el cielo, que sostenía una bola dorada. Kathleen se acercó a la fuente, la cual tenía una inscripción. «*Cualquiera que, habiendo llegado hasta aquí, quiera obtener su recompensa, habrá de presentar como prueba de su hazaña el tesoro que Circe posee*». Era evidente que se trataba de la bola dorada y ya que ella había llegado hasta allí, qué menos que recogerla.

La figura de la ninfa se encontraba en el centro del pequeño estanque, rodeada de agua a una distancia de algo más de un metro del borde y a una altura de apenas dos metros del suelo. Kathleen calculó que tendría que subir al borde de la fuente y estirarse para coger el preciado tesoro dorado. Resultó más difícil de lo esperado ya que el vestido que llevaba, precioso para una fiesta pero incómodo para tales actividades, le estaba dificultando la tarea. Además, no podía mojarlo o mancharlo con el musgo de la fuente, pues a la señora Smith le daría un ataque y tendría que aguantar una tremenda reprimenda.

Kathleen consiguió subir al borde y empezó a estirarse para coger la bola. «Vaya, está más alta de lo que pensaba». Para alcanzarla se apoyó ligeramente con la mano izquierda en la figura de la ninfa y estaba a punto de tocar la bola cuando, de repente, una docena de chorros de agua empezaron a surgir por todas partes. Uno de ellos le dio directamente en la cara, más exactamente en los ojos. Perdió pie, resbaló y a punto hubiera estado de caer de cabeza dentro de la fuente si un fuerte brazo no la hubiese sujetado de la cintura y sacado en volandas.

Completamente empapada, con el pelo chorreando y medio ciega por el agua, Kathleen no pudo evitar soltar un par de epítetos muy poco apropiados para una dama.

Su fantástico vestido de tonos verdes primavera se había convertido en un montón de trapos verde musgo, se le pegaba a las piernas y casi no podía andar. ¿Se había caído finalmente dentro de la fuente? No estaba segura, pero era probable dado el lamentable estado en el que se encontraba. El moño, que tanto tiempo le había llevado realizar a la doncella de la señora Smith, estaba torcido, las horquillas se habían soltado y su pelo, rebelde por naturaleza, empezaba ya a rizarse alrededor de su cara. ¡Qué desastre!

—¡Me va a matar, la señora Smith va a matarme! ¡Primero me matará y luego me enterrará debajo de uno de esos bonitos arbustos de la entrada! —se lamentó Kathleen presa de un innegable estado de desasosiego y preocupación.

John Shirewood, aburrido de esperar a que diera comienzo la reunión acordada, había decidido dar un paseo por los jardines de la propiedad y había llegado al centro del laberinto justo a tiempo de ver cómo la joven hacía equilibrio peligrosamente en el borde de la fuente.

Se acercó a ella sigilosamente, pues no quería que se asustara y cayera de su inestable posición. Por suerte llegó a su lado en el preciso instante en el que la irremediable caída, como ya se veía venir, tuvo lugar.

John deseó que pasase lo que pasase, aquella mujer no se pusiera a llorar. No tenía muy claro qué debería hacer si eso ocurría. Una posibilidad era marcharse y dejar que se tranquilizase sola, pero eso quedó inmediatamente descartado. ¡Maldita sea!, tendría que calmarla y no tenía ni idea de cómo hacerlo. ¿Una bofetada? No, eso era para casos de histeria aguda y no para lloros. Decidió que hablarle despacio y de forma tranquila, como si no hubiese ocurrido nada, sería la mejor solución.

—Buenos días, me llamo John Shirewood. Encantado de conocerla. —«Creo que ha quedado bastante tranquilo y natural», pensó.

Kathleen lo miró como si hubiese perdido el juicio. Ese hombre, fuese quien fuese —«¿John Shirewood, había dicho?»—, se estaba presentando como si lo más normal del mundo fuese ir sacando mujeres medio ahogadas de fuentes en jardines. No podía verle, así que se apartó los mechones mojados de la cara y, entonces, le dirigió toda su atención.

Y se quedó sin habla. «Vaya, este sí que es un hombre atractivo», pensó y le echó un buen vistazo. Pelo castaño, ojos oscuros, aproximadamente un metro noventa de estatura, bastante más corpulento que cualquier otro hombre que hubiese conocido y la estaba mirando de una forma que no sabía determinar.

John tampoco sabía qué más decir después de haberse presentado. Lo estaba mirando como si el loco fuera él, sin darse cuenta del aspecto que ella presentaba en ese momento.

Poco a poco se fue fijando más detenidamente en la mujer que tenía delante. Unos preciosos y enormes ojos verdes lo miraban sin perder detalle, y decidió que eran los ojos más bonitos que jamás había visto. Una boca de labios carnosos. También decidió que era la boca más bonita que había visto nunca. Y el vestido mojado que se ceñía a las perfectas curvas de la muchacha no dejaba dudas a la imaginación. Antes de que su imaginación fuese más allá, se quitó la chaqueta y se la puso en los hombros de ella, comportándose, para su propio asombro, como un perfecto caballero.